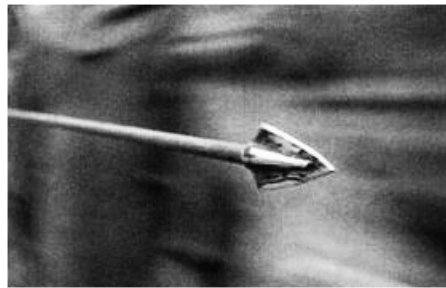


EL TALLER DEL ARQUERO



León Molina

ÍNDICE

- I. PUNTO DE PARTIDA.
- II. CUADERNO DE HAIKUS. UN HACHA SUENA.
- III. EL TALLER DEL ARQUERO
 - 1. El método
 - 2. Sentado en el porche.
 - 3. Flechas.
 - 4. La luz del taller.
- IV. CUADERNO DE HAIKUS. NIEVA EN MI ALDEA.
- V. TRATADO DE ORNITOLOGÍA
- VI. CUADERNO DE HAIKUS. MUSGO EN LA FUENTE.
- VII. EL AROMA DE LA LLUVIA
- VIII. CUADERNO DE HAIKUS. LAS HUELLAS DEL GORRIÓN.
- IX. AFORISMOS DEL ARQUERO
- X. PLIEGOS DE TANKAS. LA LUZ QUE EMPAPA LA TIERRA.
- XI. FINAL ENTRETANTO

I. PUNTO DE PARTIDA

1

La fuerza de mi juventud
poco a poco abandona
los rincones del cuerpo
que tensaban el arco.
Toda esa fuerza ahora
se concentra en el músculo
que impulsa a la mirada.
Contemplo con vigor
nuevas profundidades
que habitan el paisaje
y acojo agradecido
esta súbita mocedad
grande distinta sorprendente.
En mi taller la luz
permanece encendida
cada jornada hasta la aurora.
Pronto tendré listos los arcos
para las nuevas dianas.

2

En una casa en el campo se producen multitud de pequeños sonidos que el silencio acerca y magnifica.
Un perro que husmea junto a la puerta, el viento que frota y mueve las cosas, sonidos de otras casas que parecen suceder en la habitación contigua, el propio crujir del edificio con los cambios de temperatura, animalillos que comparten la casa contigo.
Una casa sola en el campo suena. Y en la casa suena el mundo que se asoma.
Y en ella tú eres un metal que vibra y resuena, diapasón de soledad.
Y sueñas según la tonada de tus sueños. Los ruidos de la casa te interpretan.
Es tu corazón el que cruje, araña y frota los muros de la noche en la casa de campo.
Tan sola.

II. CUADERNO DE HAIKUS. UN HACHA SUENA.

Gotas de lluvia
golpeando la cabaña.
Yo dentro solo.

Frío barranco.
Busco mi voz, encuentro
musgo en las piedras.

Dejo la aldea
envuelta por las nubes.
Un hacha suena.

Cortijo en ruinas.
Vigilando el silencio
una culebra.

Suena la lluvia.
Suena también el fuego.
Todo es silencio.

Cae la tarde.
A lo lejos resuenan
las motosierras.

Ratatatá;
Hojas de calabaza
bajo el granizo.

Senda otoñal.
Suenan mansa la lluvia
sobre mi capa.

Ya canta el cárabo.
Noche de primavera.
U hú hú hú.

Por estas cumbres
un silencio ermitaño
va canturreando.

III. EL TALLER DEL ARQUERO

1. El método

En mi taller he colgado una hoja
con estas palabras de Jôshô:
“La rana flota
sin sostén ni intención.
Flota porque flota”.
Así recuerdo que mis flechas
vuelan tan sólo porque vuelan.
Y me centro en el arco
que están fabricando mis manos.

Para lanzar mis flechas
sigo el método de Onitsura:
“Abre el oído
somételo
al silencio de las flores”.

Belleza del pruno florido
quebrado por la nieve
a la puerta de mi taller.
Sigo con mi tarea
y sonrío mientras me hago
mil preguntas disparatadas
sobre esta pequeña tragedia.
Y otro arco entre mis manos queda hecho.

El arquero cazando resonancias
para alimentar a sus haikus.

Lanzo mis flechas al tronco del viejo nogal.
Camino lentamente hasta él
para recuperarlas.
Les concedo tiempo.
La puntería del arquero
no procede únicamente
de la firmeza de su pulso
y el acero de su mirada.
También debe la flecha
conocer el vértigo de su vuelo
y el aroma que fluye
del rigor de su herida.

2. Sentado en el porche.

La primavera un poco escandalosa.
El verano cruel y grave el invierno.
Nítido en sus colores
no duda el arquero: otoño.

Hasta mi taller llega
el canto de las ranas.
Pulso la cuerda
del arco
y me uno a ellas.
Hablemos
ahora
de lo que es real
y lo que no.

Observo el cielo de verano
que niega sus matices al color.
Todo se consume en su llama
para convertirse en lo mismo.

Regalar todos mis arcos y flechas
y dedicarme para siempre
al estudio de las luces del día.

He sacado mi arco nuevo a conocer el otoño.
Cada paso que doy en la hojarasca levanta pájaros.
Cada paso que no doy hace volar mansamente a las nubes.
Regreso y coloco mi arco por primera vez en su gancho
junto a los otros.

Las campanadas de la ermita
vagando por las calles de la aldea.
En brasas de acedía te consumes.

Contemplo la aldea lejana.
La leche tibia de las chimeneas
alimenta mis ojos.

El amanecer, una taza humeante
el canto de los pájaros
el taller todavía en penumbra.
El día entero por hacerse.
El centro inabarcable.

Trabajo en el jardín.
Observo una lombriz
que he sacado de su túnel.
Y siento el impulso de confesarle
que con frecuencia yo
he sido vanidoso.

Una puerta desvencijada
que quedó en el huerto después
de la caída de los muros
que en su tiempo la sujetaban.
Ahora es una puerta
solitaria en medio del campo.
Una puerta tan inútil
como el tiempo que empleo en mirarla.
Y del mismo modo también
vagamente emocionante.

Bajo las flores del almez
en su burra pasa el vecino .
Son tan viejos los dos.
Al cruzar ante mí se escucha
un breve chasquido como un chispazo
en la fricción de su tiempo y el mío.

La sombra alcanza el vaso de cerveza.
Presto atención al canto de las ranas
que croan junto a la balsa cercana.
Y no me importa si termina
un día más, no importa
si fuera un día menos.

Silueta recortada
de la mantis sobre la luna
y detrás las estrellas
y el profundo Universo
condescendiente.

Tomo la tarde libre
y asciendo a la montaña.
Aquí en la cumbre el sol
peina el cabello de los montes.
Debajo, el valle cultiva
trabajosamente un campo de nubes.
Y yo en este entorno de labor
no hago nada.
Y es que fuera del mundo
es muy complicado hacer algo.

Hoja de arce,
otoñecemos.
Pero yo
¿en qué árbol?

La celada de la mantis
incluye un viento casi inexistente
que la mueve como una rama.
Se trata de un viento que sólo existe
en su interior. El insecto poeta.

3. Flechas.

Una flecha invisible que surcara
el aire en medio de la noche.
Y que nunca se detuviera.

Una lluvia de flechas
como la de una gran batalla
que describieran al unísono
un esbelto arco y antes de caer
quedaran suspendidas en el aire
como un campo de espigas.

Una flecha que si volara
se fuera haciendo más pequeña
hasta su desaparición.
Y el que iba a morir lo supiera.

Imaginemos una flecha
construida con agua del arroyo.

Una flecha que días o semanas
después de ser lanzada
se clavara en la puerta del arquero.

Lanzar en mitad de la noche
una flecha negra en el mar.

Flechas de distinta madera
según la tonalidad de la luz
del momento en que se dispara.

Construir un par de flechas que vuelen
como oropéndolas en el cortejo,
siendo cada una el blanco
en el regate de la otra.

4. La luz del taller.

Las flechas que fabrico ahora
las que en este momento
están surcando el aire
silentes como el búho
las que están en su diana
o quedaron fuera de ella
las que volaron hace poco
o mucho tiempo todas
llevaban en la punta
las letras de tu nombre.
Tu nombre es el lenguaje del arquero
la regla antigua de su oficio.
Pronuncio tu nombre entre las virutas
de mi tarea interminable.

Entró en mi taller y contempló durante un rato mi tarea.
Luego salimos con un arco cada uno
y lanzamos al vacío flechas con cintas de colores
por el mero placer de contemplar su vuelo.
Al anochecer, con su cara apoyada en mi hombro
me dijo dulcemente que nos estábamos haciendo mayores.
El silencio nos llevó de la mano al sueño.
Los arcos, apoyados en la pared, también durmieron.
Al despertar por la mañana nos miramos con una sonrisa
sencillamente nos divertía habernos convertido en otros durante la noche.
Ella se puso ese vestido que tanto me gusta
y yo grabé su nombre en el arco de madera negra.

Nos hemos mirado a los ojos
y hemos visto el silencio
tuyo y mío sincronizado
en el rumor del mundo.
Y nada más. Las sombras
van llenando la casa
pausada, cuidadosamente.

Mis ojos te contaban
toda la belleza que he visto
a lo largo de mi camino.
Mis ojos eran esa voz
que escuchabas muy cerca de tu cuello.

Hoy es el día en que vuelves a casa.
He preparado para ti
esta lluvia azul y el rescoldo
de mis palabras encarnadas.

Escucho tu lápiz
recorriendo el papel
en la tarde de invierno.
Tal es el silencio.
Tal eres tú.
Y tal soy yo.

IV. CUADERNO DE HAIKUS. NIEVA EN MI ALDEA.

Según me cuentan
nieva sobre mi aldea.
No estoy allí.

Algo se mueve
a mi lado en el bosque
si me detengo.

Sólo dos piedras
bastan para cruzar
hoy el arroyo.

Caquis brillantes.
cuesta entender por qué
esta nostalgia.

Cielo estrellado.
Un amigo me cuenta
sus confidencias.

Amanecer.
A lo lejos un grupo
saca patatas.

Bajo la lluvia
partimos de la aldea
mudos los dos.

No está la rana.
La balsa huele mal.
Nido de avispas.

Por el camino
observando las nubes
no añoro nada.

Del canalón
van cayendo recuerdos.
Voy para viejo.

Estoy cansado.
Perseguí por el monte
algo, no sé.

Pila de leña
perfecta, te contemplo.
¿Quién es tu dueño?

Rebosa el pozo
junto a la vieja casa
deshabitada.

El dulce olor
de un guiso me despierta.
Soñé con ella.

V. TRATADO DE ORNITOLOGÍA

El canto de algunos pájaros produce frío, el de otros calor, el de otros luz, el de otros oscuridad, el de otros silencio, el de otros colores, el de otros olor a humedad... Esta parte de la ornitología es la que realmente importa.

Quieto en el cielo
el buitre majestuoso.
Su sombra pasa
velozmente a mis pies.
Con el mismo silencio.

El pájaro y la luz.
Todo está sucediendo.
No cabe en la naturaleza
la indecisión.

El canto del ruiseñor brilla
en los breves silencios que contiene.

Los pájaros viven en la distancia
si sufrir desconsuelo.

En la fecha adecuada llegan
los milanos para que brote
el humo de las chimeneas.

En la noche sin luna
canta el aujillo. Cada nota
muestra una estrella más.

Dos horas lleva inmóvil en la rama el alcaudón. Y yo el mismo tiempo contemplándolo. Alguien me dijo que el alcaudón es un paso evolutivo hacia las rapaces; es y no es. Caza otros animales que clava en alguna espina para ir comiéndoselo. Tiene pico curvo para desgarrar. Este pájaro es algo mayor que la mayoría de los pajarillos del monte, pero mucho más pequeño que cualquier rapaz, y sin embargo percha en las copas de los árboles y otea tranquilo, muy serio y satisfecho el horizonte como si fuera águila altiva. Miro al alcaudón y sonrío pensando que cuando escribo en mi cuaderno yo soy un alcaudón de las letras.

Despunta el día. Mientras hago café escucho el canto de un pájaro madrugador. Abro la ventana para verlo pero la niebla lo oculta. Considero que es hermoso el modo en que la niebla muestra al pájaro que esconde. Miro su canto sorbo a sorbo.

Observo el zorzal que entra en el olivo. Va de un lado a otro mirándome nervioso. Por fin toma una aceituna con su pico, la arranca de un estirón y se marcha. Ya tenemos los dos un poco de alimento.

Los alcaravanes, esos pájaros que tienen una cara como de que el mundo los asusta, cantan con un sonido que las guías describen como to-rr-lit. Por eso aquí les llaman reolises. “Antes se veían muchos por Linares y El Tragoncillo, pero hace ya muchos años que no se les ha visto por aquí. Desde que era yo un criajo que iba por allí arriba al esquile y le oía riolí, riolí, riolí”.

El canto de la tórtolas turcas, por llamarlo de alguna manera, es como un chillido lastimero. Por las tardes un grupo llena los cables de la luz que llegan hasta mi casa y comienzan su coro de lamentaciones. Hay veces que no puedo soportarlo. Y salgo y las espanto.

El canto del cuco en el monte es grave, profundo, misterioso. Nada que ver con los saltimbanquis de los relojes.

La oropéndola es un inquieto medallón de oro en el verde tapete de las enramadas. Tiene un canto muy poderoso, musical y repetitivo. Su onomatopeya es algo así como “uli lulolío, uli lulolío”. La gente del campo con frecuencia pone letra a los cantos de los pájaros. Y sonrían cuando te cuentan que la oropéndola dice sin parar “tengo frío, tengo frío”. La otra tarde estábamos en el porche contemplando el atardecer mientras la oropéndola cantaba. En mitad de nuestro largo silencio Ana dijo “sí hace frío, sí”. Yo sonreí levemente. Seguimos estirando el silencio con el sol que se hundía arrastrando tras de sí sus sangrantes acuarelas. La oropéndola dejó de cantar dando permiso al sol para sumergirse por fin en el barranco. Nos incorporamos para entrar en la casa, mientras en mi cabeza resonaba la canción constante con su letra “tengo frío- tengo frío, tengo frío-tengo frío”. Y en el ocaso de ayer, eso fue todo.

La garganta del cárabo es el instrumento que mejor expresa la belleza misteriosa de la noche en el campo. Uu uú, uu uú, uu uú. Lo que nosotros soñamos, es cárabo lo está viendo.

El silencio absoluto sólo se encuentra bajo las alas del búho real.

Dicen que los vencejos vuelan hasta grandes alturas y entonces duermen mientras se dejan caer planeando. Lo mismo ocurre a los hombres que alcanzan a leer un gran poema.

Un trozo de corteza se desprende
y empieza a escalar por el viejo chopo:
el agateador.

Como el arrendajo que olvida recoger alguna de las bellotas que entierra y de ellas nacen nuevas encinas, nuestra memoria guarda sus recuerdos. En algún sitio, en el corazón de otros, sin que lo sepamos, habrán florecido emociones nuevas.

En el pantano la garza solitaria.
Y yo.

El pájaro levanta el vuelo.
La piedra planea mecida
por resonancias aéreas.
El pájaro obedece su ley
y cae con un golpe seco
en el inmenso imán azul.
En la naturaleza
nada se comporta del todo
conforme a su naturaleza.

Un chubasco llega y borra los pájaros. Me pongo la capa y no me muevo del recodo de la senda que por el barranco atraviesa la chopera. Ahora quien canta es la tierra y las hojas de los árboles y las varas de los chopos golpeadas por el viento. La tierra en torno mío se humedece y libera el perfume que fabrican las lombrices. Cuando cesa la lluvia aparece mi amigo Ángel que viene de arreglar la acequia. Se ríe de mí con estruendo y con cariño. Se aleja con la desbrozadora al hombro sin dejar de hablar ya no sé si solo o conmigo. Regresa el silencio interrumpido por un nuevo relevo de pájaros. Veo o escucho un autillo, un cuco y una oropéndola mientras me levanto y hago recuento; antes de la lluvia también vi un picapinos, un pinzón, un agateador y un trepador azul. No está nada mal. Ascendo despacio en dirección a mi casa. Llego de la mano del crepúsculo. Cuando abro la puerta siento el ambiente cálido que ha conservado el rescoldo de la chimenea. Y sólo entonces me doy cuenta de que llevo el culo empapado.

VI. CUADERNO DE HAIKUS. MUSGO EN LA FUENTE.

Musgo en la fuente.
Con el agua se alejan
pétalos blancos.

El viento norte
zarandea los chopos.
Suenan los portazos.

Súbita lluvia.
El perro del vecino
entra en mi casa.

Detrás del muro
aparecen las nubes
una tras otra.

Nubes de otoño;
Van a toda pastilla
rozando el monte.

Llueve a lo lejos.
En el nogal se mece
la última hoja.

Muros de piedra
hundidos por la lluvia
aquí y allá.

Nadie repara
los ribazos caídos.
Salvo la nieve.

Frutos del caqui
envueltos por la niebla.
Quietos. Brillando.

En la ventana
siempre el mismo paisaje.
Aunque no siempre.

En el nogal
se ha posado la luz
igual que un pájaro.

VII. EL AROMA DE LA LLUVIA

COMIENZA A LLOVER

Afanosos obreros de la tarde están preparando el decorado para la lluvia. Los observo en su trabajo metódico. Un toque amarillento para la luz que se posa en los collados cercanos y otro gris azulado para las montañas que se asoman al horizonte. Con esfuerzo y lentitud van retirando los grandes cúmulos algodonosos iluminados desde dentro y esparcen a su lado manchas de ceniza densa. Uno de ellos se aleja del resto hasta llegar casi a mi lado y sugiere correcciones; algo más de ceniza allá, limar un poco el extremo de aquella nube... Otros trabajan con los olores y despiertan a las aromáticas que se durmieron bajo el sol de mediodía. El romero calienta su voz protagonista sobre un coro susurrante de espliegos y tomillos. Es un desorden hermoso que tensa los arcos que en su gancho están esperando. Desde el sur llega otro grupo ataviado con grandes capas. Con brío y pericia las agitan y a su influjo los chopos cascabelean y se doblan como bailarinas hasta tocar con sus largos dedos a los pinos que comienzan a afinar sus coposos instrumentos. Cuando empiezan a llegar bandadas de estorninos desde el campo hasta la aldea, todos detienen su quehacer y los contemplan. Se oye débil y lejano un trueno que es como una señal ante la que todos de pronto desaparecen. Tan sólo un leve viento mueve las cortinas en la quietud absoluta. Ocupo mi sillón en el porche poniendo sobre mis piernas el mejor de todos mis arcos. En el silencio puedo escuchar una gota gruesa que golpea sordamente el polvo. Decece la luz y suena la voz fragorosa de los pinos. Y comienza a llover.

La lluvia envía sus heraldos
cuando se acerca hasta nosotros
- olor a tierra mojada, a pinos lavados
hondos aromas de rendidas flores-.
Porque la lluvia para derramarse
necesita nuestra memoria.

El encinar envuelto
en gasas de silencio.
Un paisaje profundo e invisible.
Aparecen caballos
entre la niebla. Nos miramos.
Y nos reconocemos.

La lluvia expande en el jardín
un silencio aromático,
antiguo, leve, comprensible.

La arboleda junto al arroyo
bañada por la lluvia.
Cajón de sastre de la luz.

MÚSICA

Bajo la lluvia escucho una a una todas las gotas que caen. Tienen un sonido diferente aquellas que quedan como una cápsula en el limbo de las hojas, mínimas esferas de silencio inteligible. De las tejas cuelgan lianas plateadas en la selva del pensamiento sonoro. Sobre el cuenco de barro, bajo el alero, tintinea la frase bien acordada que ofrece el contrapunto al coro del canalón. El aire ondula las cortinas de agua y arranca un pizzicato del tejado. Y en la tierra las gruesas gotas marcan el compás de su afónica tonada. Todo se pronuncia sutilmente. Todo resuena, vibra y canta sobre un fondo de árboles azotados por el íntimo aguacero.

Todo el fulgor del sol
mientras dura la niebla
se refugia en la pulpa de los caquis.

Comienza la tormenta.
La lluvia crea un bosque
nuevo, imaginario,
en el que soy el musgo
que se abraza a la roca
indemne de los sueños.
Con ellos volveré
cuando se retiren las nubes.
Y sé que si estoy vivo
es sólo porque a veces llueve.

Mis ojos perciben leves susurros en la niebla.
Me detengo y mis oídos no ven a nadie.
Mi piel sonrío cuando retomo el camino
aspirando el perfume de las nuevas palabras.

ESPEJOS DE ABRIL

La nube arrastra sus harapos
cenicientos montaña arriba.
La tormenta que desfallece
tras derramar sobre nosotros
sus aguadas de certidumbre
se disipa mientras nos muestra
el azul perfecto de cielos
que displicentes nos aplastan
entre sus dedos de cristal.
Los claroscuros de abril son
imagen de nuestros afanes
anubarrados que se rinden
al fulgor de la transparencia.

Flota en el aire el sabor de la luz
que pasó acariciando
los manzanos silvestres.

La ilusión de que cuando el frío
alcanza estas montañas
me abraza y reconoce
como a uno de los suyos.

EL OTOÑO TAL VEZ

Es una noche singularmente cálida para estas fechas bien entrado el mes de octubre. Por eso estaban abiertas las ventanas mientras leía en la soledad de mi taller. El profundo silencio se quebró con el golpe de las hojas sobre el marco. Una ráfaga incruenta de viento algo más frío penetró en la habitación. Luego de cerrar las ventanas y abrigarme pude escuchar el viento frotando en los árboles las hojas somnolientas, colándose por las rendijas aun desprevenidas. Las flores de la pérgola se mecían velando y ocultando la única luz que queda en el cortijo afligido que hay frente a mi casa. Me pregunto si este aire es una avanzadilla del otoño que por fin llega. Los nogales y los chopos del arroyo otros años por esta época suelen lucir sus ocres intensos, pero esta tarde los contemplaba y apenas perdía el verde parte de su vigor y los amarillos se insinuaban en unas pocas hojas. Pero este aire pudiera ser el otoño. Puede que ese olor corresponda a una brisa que haya acariciado la piel de charcas que habitan anfibios indolentes. No sería raro, tampoco, que ese frío ligero que el aire transporta provenga de un lugar donde la nieve está fraguando el silencio que precisa para derramarse. ¿Y ese tono sutilmente más anaranjado que las bombillas de la fachada derraman sobre las columnas, no pudiera ser del polvo que se eleva para escuchar la palabra compasiva del relente? Puede que haya vivido el instante exacto del cambio de estación. Quizá todas las criaturas silenciosas y hasta la más recóndita materia inanimada hayan registrado en su interior esa vibración como de cuentas de cristal entrechocando. Es posible que el otoño hace un instante haya llegado. Dentro de unos días, cuando camine presa de la emoción, envuelto en el violento colorido, recordaré estos cristales que tintinearón hoy en mi corazón desprevenido.

VIII. CUADERNO DE HAIKUS. LAS HUELLAS DEL GORRIÓN.

Sobre la nieve
las huellas del gorrión
y las del gato.

Cae la tarde.
Al porche habrá llegado
el colirrojo.

Ruinas oscuras.
Dentro sólo la luz
de la luciérnaga.

El petirrojo
a mi lado mirando
la misma oruga.

Sapo en su nido.
Lo observo tan de cerca
que ambos saltamos.

Bebo en la fuente.
Un renacuajo roza
mi barba blanca.

La mantis es
idéntica a la espiga.
Las mece el viento.

Tan sólo un día
ha venido este otoño
la macaón.

Alba de invierno.
sobre muros hundidos
collalbas negras.

Última luz.
Se desliza el rebaño
por la ladera.

Hoy dos luciérnagas
brillando en el jardín.
Una se apaga.

Una cigarra.
Sólo una cantando.
Sólo un momento.

En la ribera
vacas tomando el sol
todas mirándome.

Frutillas rojas.
Una de ellas el ojo
de la curruca.

El viento helado.
Sobre una rama el pájaro
cierra los ojos.

Había un pájaro
posado en la piedra.
Ahora el sol.

IX. LOS AFORISMOS DEL ARQUERO

Un acontecimiento
entre miles reclama mi atención
y hace inteligible el resto.

La razón es importante. Pero no es tan importante.

La certeza del mundo está ahí.

La intensidad es lenta.
Pero sucede en un instante.

La vida resbala
 como agua entre los dedos.
De hecho se pasa
 la vida
 resbalando.

Es efímero el acontecimiento.
Efímero y profundo.

Veo; existo.

La belleza en cualquiera de sus manifestaciones
de un modo u otro
está conectada con la naturaleza.
En otro caso, sería invisible.

Lo que no es
forma parte de lo que es.
De ahí la poesía.

La belleza –hermana de la naturaleza- es efímera en su eternidad.

No tiempo
de la naturaleza.
Poesía.

Regreso al mismo lugar.
Unas cosas están donde estaban
y otras no.
Eso es el tiempo.
El nido que incubaba
las emociones.

Todo es sencillo
Todo es fácil
Sólo que hay
Demasiado todo.

Pasear por el campo con alguien
nos convierte en su amigo.

Soledad.
Entrenamiento
de personas sociables.

La emoción encuentra un niño en nuestro interior.
La belleza es otra cosa.
Cosa de adultos.

Comprender es un entretenimiento
no mucho más que un juego
en este mundo pródigo.

En nuestro deambular, cualquier lugar en el que nos detengamos es el centro del mundo. El mundo es así.

En la naturaleza, incluso la muerte es una estrategia de supervivencia. Aprender esto es amar el silencio, esa forma de morir que nos salva.

Lo cotidiano.
No esperes otra cosa.
Dentro está todo.

El hombre en la naturaleza es un íntimo contraste.

Nuestros sentidos pueden
ignorar realidades
de magnitud atronadora.
Y pueden percibir
fenómenos de extrema sutileza.
Sucede así porque los sentidos
son también acontecimiento.

El río del acontecimiento es la frontera entre el movimiento y la quietud.

La poesía es naturaleza.
Sólo un instante.
Desconocido.

Hay gente predispuesta
a encontrar la armonía
en el mundo. Son gente
de un fácil conformar.
Echan un vistazo y la encuentran.

La existencia,
siendo todo,
es un brillo fugaz
e innecesario.

En todo hay luz.
Oscuridad también.
Y acaso sueño.

Un bosque oculto en la niebla se rellena con nuestra conciencia.

El oído en el monte
forma parte de la mirada.

El trueno engendra el silencio más bello.

La poesía vibra
en la piel de la percepción
como vibra la luna
sobre las negras aguas.

Observando un insecto. Observando el mundo.

Una nevada negra.
Y comprenderla.

Tantos afanes y desvelos
a ritmo de caballo desbocado.
Pacer en el prado, pasear,
algún trotecillo... No hace falta más.

La melancolía nos vierte
para procurar sitio a la belleza
que vendrá después a colmarnos.
Y si no viene no era
melancolía.

La realidad es a veces como el sonido
de un perro lejano que ladra en la noche.
Una voz oculta que reclama su presencia
en la luminosa oscuridad de los sueños.

La líquida presencia del silencio
rellena las cavidades del mundo.

Imagino un silencio
clarividente
poblado de blancas palabras.

Lo contemplado multiplica su existencia.

El musgo de los sueños en la roca de la muerte.

El amanecer en las montañas
es un prodigio embriagador.
Asistimos
a nuestro propio nacimiento.

Querencia a remotos rincones
perdidos en el bosque
o relectura de amados poemas.
Me da lo mismo. Es lo mismo.

En el campo
experimento plenitud.
Y el campo en mí.

Como el sol
me levanto cada mañana
y brillo.

Escuchar los sonidos
del campo que se mece
con la brisa del pensamiento.

La mirada va añadiendo capas de transparencia sobre la realidad. Ver es querer ver.

X. PLIEGOS DE TANKAS. LA LUZ QUE EMPAPA LA TIERRA.

El sol penetra
como reja de arado
en el bancal.
Puedo escuchar la luz
arañando la tierra.

Vibra la luz
y resuena en el tronco
del viejo almez
una música antigua
de agua fatigada.

Fin del verano.
Hilos de seda fría
van envolviendo
los últimos aromas
del jardín solitario.

Alba otoñal.
Sobre el agua del lago
flota la niebla.
En silencio los patos
nadan. Desaparecen.

Para que nieve
así es necesario
que el suelo acoja
en amorosa espera,
con brazos de silencio.

Ayer corrían
las nubes frente a casa.
Hoy sin embargo
parecen un rebaño
sesteando bajo el sol.

Fin de febrero.
Las águilas han vuelto
sobre mi casa.
Con emoción saludo
a este mundo que gira.

Por el sendero
me empuja el viento norte
lejos de casa.
El frío del otoño
engrandece mis sueños.

Fin del invierno.
Una tarde tras otra
miro a lo lejos
esperando que vuelvan
los pájaros del sur.

Fin del verano,
ya todos se han marchado.
Feliz regreso
a las tardes vacías
que serenas me colman.

La mariposa
de las alas azules
tendrá su nombre
y un sonido su vuelo
también seguramente.

En la caseta
permanezco en silencio.
Oigo mi voz
en el viento que baten
las alas de los pájaros.

¿Te irás ahora
que el cielo rojo trae
sus voces nuevas?
Debes saber que él
cuenta lo que yo callo.

Un mirlo canta.
Se derriten los témpanos
en el alero.
En tus ojos el sol
recompone su brillo.

Sucedan cosas
que no puedo ver
entre la niebla.
Y otras que sólo puedo
ver en sus luces turbias.

¿En qué lugar
de esta cueva caes,
gota sonora?
Quiero sonar contigo.
Sólo una vez. La última.

La tarde gris.
La lluvia en la balsa.
Los huertos solos.
Vuelvo a casa buscándote
desesperadamente.

Un gato negro
durmiendo en el alfeizar
entre las flores.
Sin dejar de coser
me saluda la abuela.

Hilos de voz
y palabras de luz
por los campos quemados;
la senda abandonada,
la senda de Onitsura.

Flor de la escarcha
entre las otras flores
deshaciéndose.
Suavemente la luz
va empapando la tierra.

XI. FINAL ENTRETANTO

1

Esas oscuridades que titilan en la luz.

2.

Contemplar un día serenamente
el ocaso
y después morir.

3.

Entretanto fluir
junto al arroyo detenido.

4.

Te llevaré
a ese monte que dices,
viento perdido.